NICOLA CORNICK



UN GOLPE DE SUERTE

HARLEQUIN INTERNACIONAL NARRATIVA

Prólogo

Joss, 1792

Lord y lady Tallant habían estado discutiendo durante las dos últimas horas, lo cual era toda una mejoría en su relación, de acuerdo con los miembros más cínicos de su servidumbre. Normalmente, no se dirigían la palabra. Las palabras que estaban arrojándose en aquel momento eran mucho menos que corteses. La voz del marqués vibraba con tanta ira que podría haber roto los jarrones del salón, mientras que su esposa respondía con un timbre tan agudo que podría haber hecho añicos el espejo veneciano que colgaba encima de la chimenea.

—¡Nunca te he importado un comino, y ahora que tengo la oportunidad de alcanzar la verdadera felicidad, no tienes la generosidad de dejar que me marche! ¡Pues muy bien, no me quedaré contigo! ¡Nunca, nunca, nunca!

—Deja ya esas tonterías y retírate a tu habitación hasta que te tranquilices y veas las cosas con más claridad. He tolerado tus innumerables infidelidades

durante todos estos años, pero ¡no dejaré que te escapes con Massingham y que sea del dominio público!

El sonido de la porcelana rota fue lo que siguió a aquella afirmación. Fue como si toda la estructura de la casa temblara. Los sirvientes que se dirigían a sus quehaceres por rutas cercanas al salón temblaban también.

—¡Quiero divorciarme de ti, Bevill!

—Te ruego que no seas absurda. Retírate, por favor.

—¡Me escaparé

—¡Tonterías! No lo permitiré.

—Eso son bravatas sin fundamento. Siempre fuiste así. Sé que no te interpondrás en mi camino.

La puerta del salón se abrió de golpe y la marquesa de Tallant salió en una explosión de sedas y perfume de neroli. Lanzó una amenaza por encima de su hombro.

—¡Voy a hacer las maletas!

—Hazlo —respondió el marqués, aburrido—. Eso te mantendrá entretenida y no harás más el tonto, al menos durante una hora.

—Massingham está esperándome en un carruaje…

—Si se atreve a acercarse más allá de Oxford, haré que lo saquen de mi finca a latigazos.

—¡Oh!

La marquesa se agarró las faldas de seda roja con una mano y salió corriendo por las escaleras. Los sirvientes se apartaban de su camino como granos de trigo barridos por el viento. Uno de sus rizos rubios se había salido del elaborado moño que lle-

vaba, y le colgaba por el cuello. Tenía en sus ojos azules una mirada salvaje. Estaba muy guapa y parecía desesperada.

—¡Fuera de mi camino! ¿Dónde está Trencher? ¡Que venga ahora mismo!

En el rellano de arriba, bajo la ventana, había un niño jugando con unos soldaditos, absorto. La luz del ventanal se le derramaba por encima, teñida de los colores de los cristales de los cuarterones: rojo, verde y dorado. La marquesa estuvo a punto de pasarle por encima, sin darse cuenta de que estaba allí. Se agachó a su lado.

—¡Joscelyne! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el señor Grayling?

El niño se encogió de hombros. Durante un segundo, sus ojos de color ámbar se posaron sobre ella con indiferencia.

—Lo siento, no lo sé, mamá.

La marquesa reprimió un escalofrío. Parecerse tanto al marqués no era culpa del niño, pero en aquel momento aquello la ponía enferma. Joss y su padre tenían los mismos ojos ámbar de los Tallant, el mismo pelo de color caoba oscuro, la misma piel dorada. Sus rasgos eran tan puros y clásicos que la marquesa había imaginado una vez que Bevill Tallant era un dios griego que había llegado para sacarla de su existencia aburrida y llevarla a otra más emocionante. Pero aquello había sido nueve años atrás, cuando no conocía en absoluto a su marido. Sin embargo, ya había aprendido que era un intolerante de mente estrecha que le negaba el más pequeño disfrute con una sonrisa de autosuficiencia.

Sin embargo, los pequeños placeres ya no tenían importancia. El más grande que había encontrado en los últimos meses estaba fuera, en algún sitio más allá de las verjas, más allá de la avenida de tilos, esperándola en un carruaje para llevársela de aquella espantosa Inglaterra y de su existencia gris, tan aburrida como el tiempo. Clive Massingham. Se estremeció de nuevo, aquella vez de impaciencia.

Aquello significaría perder a sus hijos. Su mirada calculadora cayó sobre Joscelyne de nuevo. El niño tenía la cabeza inclinada mientras dirigía la caballería a la batalla. Qué niño tan extraño, siempre ensimismado en sus juegos marciales. Pero él casi no notaría su ausencia, porque raramente lo veía, y además pronto iría a la escuela.

En cuanto a su hermana, que estaba en su habitación en el piso de arriba, aquella niña vomitona y quejumbrosa… Nunca sabría quién era en realidad su padre, pero sí sabía que Bevill cumpliría su deber con la chica. Ella ya había cumplido con el suyo, dándole un heredero de indudable sangre Tallant. La paternidad de Juliana podría estar en duda, pero Bevill nunca lo admitiría abiertamente.

Se puso de rodillas para estar al mismo nivel que Joss, y miró a su hijo a los ojos. Sintió amargura.

—Me voy, Joss, cariño, pero antes quiero que recuerdes siempre el consejo que voy a darte. Es lo mejor que puedo hacer por ti.

Se interrumpió. El niño la estaba mirando sin parpadear, y era bastante extraño. Le puso una mano en el brazo y sintió la tensión de su cuerpo a través del terciopelo de su traje.

—Nunca te enamores, mi querido niño. El amor es para los tontos, y sólo conseguirás ser infeliz. ¿Me entiendes?

Hubo una pausa. El niño la miró fijamente.

—Sí, mamá.

La marquesa asintió y se puso de pie.

—Me voy durante una temporada, pero te veré pronto. Sé bueno.

—Por supuesto, mamá —había algo de diversión, casi imperceptible, en el tono de voz de su hijo. La marquesa frunció el ceño. Era extraño decirle aquellas cosas a un niño, como si pensara que le estaba dando un consejo redundante. Joss siempre le había parecido tan independiente …

—Entonces, adiós, hijo —le dijo, y le dio un toquecito en la mejilla.

Al final de las escaleras se volvió a mirarlo de nuevo, pero la cabeza de Joss estaba de nuevo inclinada sobre sus soldaditos. Ella suspiró. Bevill nunca le permitiría alistarse en el ejército, dado que era su único heredero. De todas formas, aquello no era de su incumbencia, y llegaba tarde a su cita. Le echó una última mirada a su hijo y se fue a hacer las maletas.

Una hora más tarde, la marquesa había arrastrado uno de los baúles escaleras abajo y su doncella, Trencher, había bajado los otros tres, derribando y esparciendo los soldaditos abandonados por el camino. Parecía que todos los sirvientes se habían desvanecido, y la puerta del salón permanecía cerrada.

La marquesa se quedó en mitad del vestíbulo y

miró a su alrededor un poco desconcertada. Incluso ella podía ver el lado ridículo de entrar a aquella habitación para anunciarle a su marido que lo dejaba. Sin embargo, fue exactamente lo que hizo después de unos minutos.

—Bevill, estoy a punto de marcharme.

El marqués estaba sentado de espaldas a la puerta, y no se molestó en volverse ni en levantarse.

—Entonces márchese y váyase al demonio, señora. ¿Massingham está esperando fuera? ¡Mande a un mozo para que le diga que venga a buscarla a la puerta de la casa!

—¿Vas a dejar que me marche tan fácilmente, después de todo?

—Sí, señora —la voz del marqués era casi un murmullo—. Maldita seas, tú y todas las mujeres. Ahora, márchate.

Ligeramente asombrada por el cambio de actitud de su marido, la marquesa se retiró y envió a Trencher a que le dijera a un mozo que avisara a Massingham. Cuando llegó el carruaje, cargaron las maletas y la marquesa se volvió a echarle un vistazo final a los muros de su prisión.

En el piso de arriba, en la ventana de la habitación de la niña, un reflejo blanco le llamó la atención. La pequeña lady Juliana Tallant estaba saludándola con la mano. La marquesa le devolvió el saludo.

Abajo, en el salón, el marqués dejó la botella de coñac en la mesita, con la mano ligeramente temblorosa. En el alféizar de la ventana, Joscelyne estaba arrodillado en el asiento, y apretaba la nariz contra el cristal mientras observaba cómo el coche se

alejaba envuelto en una nube de polvo de verano. El marqués se había encerrado con su hijo por si acaso su mujer decidía llevárselo, pero debía de haber sabido que lady Tallant nunca los cargaría, a ella y a su amante, con un niño de siete años, ni siquiera para herir a su marido.

El marqués se levantó, se acercó a la ventana y le puso a su hijo la mano en el hombro. El chico parecía un poco triste. Volvió la cara, y sus enigmáticos ojos ámbar se cruzaron con los de su padre. Por un momento, el marqués pensó que aquella expresión de su hijo nunca debería estar en el rostro de un niño de siete años. Pero sólo por un momento, porque se dejó llevar por el dolor y la amargura y el brandy, y apartó aquel pensamiento de su mente. El marqués se inclinó y le susurró al oído:

—Escúchame, Joscelyne —le dijo a su heredero—. Nunca confíes en las mujeres. ¿Me oyes? Son criaturas pérfidas, así que nunca confíes en ellas y nunca te enamores. Solo te hará infeliz. El amor es para los tontos, chico, hazme caso.

En su vida, Joss Tallant, conde de Tallant, diría que sólo había recibido un consejo en el que coincidieran su padre y su madre, y se había guiado por él desde siempre.

Amy, 1807

Cuando el carruaje llegó a buscarla, Amy ya se lo esperaba. La última carta de su madre, decididamente alegre, la había puesto sobre aviso. A los

catorce años, Amy ya estaba acostumbrada a leer entre líneas.

Aquello había ocurrido muchas veces antes, por supuesto. Oiría el ruido de las ruedas de un carruaje sobre el empedrado de la calle, y voces ahogadas irrumpiendo en su sueño, y alguien la agitaría para que se despertara. Aquella noche fue exactamente así. Cuando abrió los ojos vio a su madre, pálida y resignada a la luz de las velas, y a la señorita Melville, la directora, con expresión de desaprobación.

—¡Si pudiera quedarse un poco más, lady Bainbridge! Amy es muy inteligente, una alumna prometedora, pero estas interrupciones constantes hacen que los progresos sean muy difíciles...

Amy se vistió, metió en la maleta sus escasas posesiones y salió de puntillas. No había tiempo para despedidas. Las demás niñas estaban dormidas, sin saber lo que ocurría, excepto Amanda Makepeace, que ocupaba la cama de al lado de Amy. Amanda se volvió y abrió los ojos aturdida. Después se incorporó.

—Amy, ¿qué ocurre?

—No es nada, Amanda —Amy ahogó un sollozo—. Tengo que irme. Supongo que no te veré nunca más...

Amanda saltó de la cama y la abrazó fuertemente. Siempre le había tenido mucho cariño a Amy, dos años menor que ella, y era alguien familiar y cálido.

—¡Por supuesto que nos veremos de nuevo! —susurró Amanda—. Ya lo verás...

Se abrazaron la una a la otra en silencio, y después Amy se despidió.

—Adiós, Amanda.

Sabía que no volvería a la escuela de la señorita Melville, y de todas formas estaba contenta. La vergüenza era algo muy difícil de superar. La última vez que sus padres la habían sacado de allí, había tardado un año en regresar. Cuando había vuelto, había puesto la excusa de que los negocios de su familia la habían mantenido apartada del colegio. Aunque en cierto modo era la verdad, Amy había notado las miradas de reojo y las risitas de las otras niñas. La señorita Melville había sido discreta, y Amy tenía la impresión de que la profesora era comprensiva, pero las otras alumnas tenían familia en la alta sociedad, familias que hablaban sobre los escándalos y conocían a su padre, «Guinea George» Bainbridge, un jugador compulsivo que estaba siempre en dificultades económicas. No había forma de escapar de las habladurías maliciosas, e incluso con la protección de Amanda, Amy se había sentido muy vulnerable. Por fuera se había endurecido contra las expresiones desdeñosas, pero por dentro era frágil.

Amy había ido a varias escuelas para señoritas jóvenes. Había estado dos años en un colegio cerca de Oxford; una temporada de relativa estabilidad seguramente debida a que su padre tenía buena suerte continuada. Después había estado meses alternos en la escuela de la señorita Melville, unos meses en una escuela en Bath y casi un año en Hertford. Sus padres la enviaban cada vez a un colegio diferente para poder ocultar la historia de su familia, al menos durante un tiempo. Pero cada vez

que la verdad salía a la luz, las alumnas más maliciosas le hacían la vida imposible y triste con sus burlas afiladas. Y cada vez que Amy se marchaba de una escuela, perdía las pocas amigas que había hecho.

Aquella vez, el viaje de vuelta a Londres sólo duró una hora, porque la escuela de la señorita Melville estaba en Strawberry Hill. Amy, demasiado adormilada y abatida como para preguntarle a su madre, se acurrucó en una esquina y se durmió. Se despertó cuando el carruaje se detuvo de un tirón.

—¿Dónde estamos, mamá? ¿En Mansfield Street?

Lady Bainbridge no respondió inmediatamente, sino que recogió su bolso y el equipaje de Amy. A la pálida luz del amanecer, su cara parecía más arrugada.

—No, mi amor. Esto es Whitechapel. Vamos a quedarnos aquí durante un tiempo. Muy poco, hasta que papá esté preparado y nos mudemos al campo.

—¿Whitechapel? —Amy abrió la puerta del carruaje y salió. El coche se había detenido en una callejuela estrecha, entre edificios que casi ocultaban el cielo del amanecer. Hacía frío, pero el aire estaba viciado con el olor de verduras podridas, alcohol y cosas peores. Amy arrugó la nariz. Había barriles destrozados y cajas de cartón por todas partes, y un hombre dormido en una esquina, con una botella vacía en la mano. Había también una mujer sentada en el soportal de enfrente, con la falda roja

subida hasta las rodillas, y un corsé sucio que casi no le tapaba el pecho. Las miraba fijamente.

—¡Mamá!

Amy se había acostumbrado a las indignidades que tenía que sufrir a causa de su padre, pero aquello era demasiado. La distancia entre la clase modesta de la señorita Melville y aquel lugar inmundo era demasiado grande como para aceptarla tan repentinamente. Amy le dirigió una mirada suplicante a su madre, pero lady Bainbridge se había dado la vuelta para pagar al malhumorado cochero. El hombre le dio un latigazo al caballo y las dejó en mitad de la calle, con las bolsas de Amy en el suelo.

—Mamá —repitió Amy, pero su voz no fue más que un susurro. Dos hombres acababan de torcer la esquina, fanfarroneando. Cuando vieron a Amy, uno le dio un codazo al otro y ambos echaron a correr hacia ellas. Con una exclamación, lady Bainbridge tomó las bolsas y arrastró a Amy hasta la puerta de una casa en cuyo letrero se leía: *Posada para viajeros*. Dio un portazo tras ellas, y oyeron a los hombres llegar corriendo y golpear las contraventanas con los puños. Lady Bainbridge estaba temblando.

La luz del vestíbulo era mortecina, y el hedor a sebo y a humedad era repugnante. Solo había dos puertas en el pasillo, y lady Bainbridge abrió una de ellas y metió a Amy en la habitación. Casi no había muebles, tan sólo una cama y un par de sillas desvencijadas. A lady Bainbridge todavía le temblaban las manos mientras le desataba a Amy el lazo del sombrero y la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Sólo serán unos días, Amy, sólo unos días. Papá volverá pronto, ya sabes, y entonces podremos irnos.

Amy se estremeció. Le tomó las manos a su madre, pero lady Bainbridge no la miró a los ojos.

—Mamá, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Lady Bainbridge se encogió de hombros. Amy se dio cuenta de que estaba muy delgada y que llevaba el vestido sucio y roto.

—Unos días. Pero nos iremos pronto.

—¿Pero dónde está papá? —Amy miró a su alrededor. La casa estaba en silencio—. ¿Por qué tenemos que quedarnos en este horrible lugar, mamá?

—Será muy poco tiempo —repitió lady Bainbridge, con la voz apagada. Estaba muy pálida. Se acercó a una de las sillas y se dejó caer—. Espero que no tengas hambre, cariño. No tenemos comida, pero será por poco tiempo...

Aquel comentario hizo que Amy se sintiera hambrienta. Era una niña que estaba creciendo, y le rugía el estómago. Sin embargo, al mismo tiempo casi se sentía enferma de miedo porque hubieran llegado a aquella situación. La casa de Mansfield Street era pequeña y estaba mal amueblada, pero al menos estaba en la parte este de la ciudad. Amy no tenía una idea muy precisa de dónde estaban en aquel momento, pero sabía que Whitechapel no era lugar para una señora. Se sentó en la silla de al lado de su madre y se encorvó contra el hambre y contra el miedo.

—¿Va a venir Richard con nosotras al campo, mamá? —preguntó. Las cosas no serían tan malas si, al menos, su hermano iba con ellas.

Lady Bainbridge la miró con aquellos ojos azules apagados.

—¡Por supuesto que no, cariño! Richard está en Eton y debe quedarse allí. No podemos interrumpir su educación.

Amy suspiró. Sabía que Richard habría estado encantado con la idea de interrumpir su educación, mientras que ella...

De repente, la puerta de la calle se abrió, y se oyeron unos pasos por el vestíbulo. Lady Bainbridge dio un salto, tapándose la boca con una mano.

—¡Oh! Me pregunto...

Se abrió la puerta de la habitación. Un caballero apareció en el umbral, un señor de verdad, altísimo, con el pelo dorado y un abrigo elegante. Amy se levantó de un salto.

—¡Papá! ¡Oh, papá!

Él la abrazó y la subió por el aire.

—¡Aquí está mi niña! Pronto estaremos a cuerpo de rey, ¿eh?

Olía a alcohol y tenía una calidez familiar. Amy lo abrazó fuerte.

—¡Oh, papá! Tenía tanto miedo... ¿Qué ha ocurrido con la casa de Mansfield Street, y por qué tenemos que ir a vivir al campo?

George Bainbridge la dejó en el suelo e hizo sonar unas monedas que llevaba en el bolsillo.

—¡No hay necesidad de preocuparse, cariño! ¿Qué te parece que alquilemos una bonita casa en Curzon Street, en vez de eso? ¿Y un coche y un mayordomo? Y podemos tener un ama de llaves, y podrás ir al colegio que quieras...

Lady Bainbridge inspiró profundamente. Sus mejillas habían recuperado de repente el color, y en sus ojos había una chispa de alegría. Se levantó de la silla y le puso la mano sobre el brazo a su marido.

—¿George? —había una nota de súplica en su voz, y Amy, aunque estaba entusiasmada, lo notó. Ya estaba acostumbrada a cosas como aquellas—. George, ¿has ganado de nuevo? Oh, ¡has ganado!

Amy vio cómo su padre levantaba por los aires también a su madre y la besaba.

—¡Sí, de veras! ¡Un vestido nuevo para ti, mi amor! ¡Veinte vestidos, si es que puedes ponértelos!

Lady Bainbridge estaba riendo, llorando y regañándolo a la vez. Amy observó a su madre en brazos de su padre, con los ojos fijos en su cara, como si él acabara de salvarla. Así que no iba a ser aquel día, ni al día siguiente, cuando la ruina financiera iba a hundirlos por completo. Pero cualquier día, quizá... Amy se dio la vuelta. «Cuando me case», pensó con fiereza, «si alguna vez me caso, no será con un hombre débil, un jugador ni un vago. Me casaré con un hombre al que quiera y respete, o no me casaré. Y nunca jugaré. Dicen que se lleva en la sangre, pero le demostraré a todo el mundo que no es cierto. Nunca dejaré que me tienten, ¡ni por mil libras!».

Uno

1814

El marqués de Tallant no creía que hubiera que hacer mejoras en su casa. Lo que había sido bueno para sus antepasados no tenía por qué dejar de serlo para él. Así pues, el salón de Ashby Tallant estaba como veinticinco años antes. Aquel día, los rayos del sol entraban a través de las ventanas y se derramaban por la estancia, y su luz cruel acentuaba las calvas de las cortinas de terciopelo y los parches de las alfombras, ya gastadas.

Joscelyne, conde de Tallant, entró en la habitación con paso seguro, pero se detuvo al pensar que estaba vacía. Después sonrió con un poco de tristeza, porque una de las butacas estaba deliberadamente vuelta de espaldas a la puerta.

—Buenos días, señor —dijo, y se acercó a la chimenea para mirar al hombre que estaba hundido en la butaca—. Creo que deseaba verme, ¿no?

—No puedo decir que quisiera verte, Joss, pero ciertamente, quiero hablar contigo —la voz del mar-

qués era áspera, en contraste con la de su hijo. Hizo un suave gesto y la luz se reflejó en el diamante del anillo que llevaba en el dedo, una versión más grande del que llevaba en el prendedor de la corbata.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo? Toca la campana, entonces.

Joss obedeció, y después se sentó en la butaca que había frente a la de su padre. El marqués le dijo al mayordomo que les llevara la botella de jerez.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Joss con cierta indiferencia.

El marqués se movió, incómodo, en la butaca. El diamante volvió a brillar cuando él agarró el bastón con fuerza entre sus dedos agarrotados. Tenía la barbilla hundida en el pecho, pero le centellearon los ojos.

—Lo suficientemente bien. Sientes oírlo, ¿eh, chico? Yo diría que te alegrarías de verme salir con los pies por delante, ¿eh?

—En absoluto, señor —respondió Joss, conciliador. Se levantó cuando el mayordomo entró con el jerez. Él mismo sirvió dos vasos y le acercó uno a su padre. Después, hizo un brindis.

—Por su buena salud, señor.

Un gruñido fue todo lo que obtuvo por respuesta.

—Juliana le manda sus saludos, señor. Está muy bien.

—Se parece a su madre —dijo el marqués, de mal humor—. Ni pizca de discreción. ¡He oído todo tipo de historias sobre ella! Incluso he oído que ahora anda con Clive Massingham, como su madre cuando ella era una niña. Menos mal que Myfleet murió y no tiene que sufrir las infidelidades de su mujer.

Joss se removió en la silla, un poco inquieto.

—Le ruego que no critique a Juliana, señor. Si Myfleet viviera, no habría habido ninguna infidelidad. Juliana era feliz con él, y ahora, por supuesto, ella no es...

—Feliz... ¡bah! Pareces un tonto sentimental, Joss. ¿Quién de nosotros es feliz? ¿Lo eres tú? —el marqués hablaba agresivamente—. ¡He oído de todo acerca de ti! Siempre en tugurios, apostando, metido en peleas, andando por ahí con Fleet, el peor calavera de la ciudad. Una vez tuve grandes esperanzas puestas en ti, antes de ese desgraciado episodio en el cual casi arruinas a la familia con tu juego compulsivo. Desde entonces, has ido de mal en peor. El mes pasado tuve que pagarle a ese canalla de Avery, que juró y perjuró que habías deshonrado a su hija...

—Eso fue muy desafortunado —convino Joss, suavemente.

—¿Desafortunado? ¡Tuve que darle una fortuna para que mantuviera la boca cerrada!

—No debería haberse preocupado —dijo Joss, dándole un sorbo a su jerez—. No fui el primero en deshonrar a Angela Avery. ¡Su padre debe de estar haciendo una fortuna!

El marqués se puso de color morado y se incorporó en la butaca.

—¡Sirvientas, hijas de terratenientes, vírgenes, viudas y esposas, a ti todo te da igual!

—Le ruego que se calme, señor. Se está ofuscando por nada. Mis hazañas no son tan extraordinarias como le han contado. ¡A veces, incluso voy a algún baile aburrido! Me parece que sus espías han exagerado.

El marqués sacudió la mano con impaciencia.

—Entonces, no será difícil que estés de acuerdo con lo que he planeado. He decidido que no toleraré más ese comportamiento. Escándalo tras escándalo, arrastrando el nombre de la familia por el barro. Tienes que devolverle la dignidad.

—Debe de estar desesperado de veras, señor, si me ve como el salvador del honor de la familia —dijo Joss—. ¿Y cómo piensa conseguir ese milagro?

—No hay necesidad de ese odioso sarcasmo, chico —el marqués tosió y se limpió la barbilla y los labios con un pañuelo. Tomó un sorbo de jerez y se recostó con un suspiro—. Debes casarte, Joss. Después de todo, tienes veintinueve años, y necesitamos un heredero para Ashby Tallant. Si te casaras con una chica encantadora y bien educada, te vinieras a vivir al campo y criaras aquí a tus hijos, yo olvidaría el pasado. ¿Qué dices, eh?

—Una esposa y una casa en el campo... —una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Joss—. ¡Qué mortalmente aburrido! No, gracias, señor. La idea no me seduce.

—¡No era una sugerencia —dijo su padre, con el eco de la arrogancia de los Tallant en la voz—, era una orden! ¡Te casarás honorablemente!

Joss se levantó.

—Como jugador, señor, le advierto que esa no es una apuesta segura.

—¡Maldito seas, muchacho! —el marqués agarró su bastón y se puso de pie, asesinando con la mirada a su hijo—. ¡Harás lo que yo diga! De lo contrario, te desheredaré...

—No creo que pueda hacerlo, señor —respondió Joss, con suavidad.

—¡Al diablo! Le dejaré todo lo que no esté vinculado al título, hasta el último penique, a tu primo Roger. Tendrás las fincas, pero no podrás mantenerlas. ¡Te retiraré la asignación, y veremos cómo te las arreglas para apostar sin ella! Entonces tendrás que casarte y tener un heredero.

—Por favor, señor, no se ponga enfermo por mi culpa —murmuró Joss, tendiéndole una mano para que se apoyara—. Sabe que haré lo que yo quiera.

El marqués se dejó caer en la butaca como un saco de trigo.

—Maldito seas —repitió, pero sus palabras ya no tenían veneno—. En lo que a mí respecta, puedes casarte con la primera que veas.

—Una idea muy original, señor —comentó su hijo, con los ojos brillantes—. Quizá lo haga. A su servicio, señor —hizo una elegante reverencia, que no obtuvo respuesta, y salió al vestíbulo. El mayordomo le llevó el abrigo, el sombrero y los guantes. No había sirvientas limpiando ni sacando brillo a los muebles, lo cual, quizá, fuera afortunado para sus planes matrimoniales. Al darse cuenta, sonrió.

Le llevaron el coche a la puerta. Era una mañana fresca de mayo, y antes de subir al carruaje, Joss se quedó mirando la avenida de tilos que cruzaba el jardín hasta las puertas de la finca. El campo. Qué lugar tan deplorable. Volvería a la ciudad en aquel mismo instante.

Durante el viaje de vuelta no ocurrió nada digno de mención. La primera mujer a la que vio era la dueña

de la hostería donde pararon para que abrevaran los caballos, pero ella ya estaba casada, y su marido era un gigante. En realidad, Joss se sentía agradecido. Había sido una idea extraña y quijotesca, pero él era propenso a actuar según aquellos impulsos de vez en cuando. Hacía que la vida le resultara menos tediosa.

—Amy, cariño —dijo lady Bainbridge amablemente—, apaga una de las velas. ¡Dos velas no son necesarias cuando es suficiente con una! Yo puedo leer con la luz de una vela, así que estoy segura de que tú también puedes coser.

Amy dejó a un lado el tejido y se inclinó para soplar la llama de la vela. Le dolían los ojos; con dos velas no había luz suficiente, y con una habría menos aún, sobre todo teniendo en cuenta que estaba en la chimenea, justo encima de la butaca donde estaba sentada lady Bainbridge. Mientras leía, su madre entrecerraba los ojos de una forma que no podía ser buena para la vista, dijera lo que dijera. No sabía en qué momento su madre se había vuelto tan tacaña, pero aquel hábito ya estaba completamente arraigado.

Amy dobló cuidadosamente la tela y la metió en el costurero. Había estado añadiéndole a un viejo chal unos flecos anudados para que no pareciera tan viejo. Hacía varios años que no se compraba nada nuevo, y se había visto obligada a renovar sus vestidos con lazos y encajes para intentar que estuvieran presentables. Los resultados no siempre eran admirables, y sabía que, en compañía de damas más a la moda, parecía un adefesio. Por otra parte, había

muy pocas ocasiones en las que tuviera que ponerse elegante, porque apenas acudía a eventos sociales.

—Creo que me voy a la cama, mamá —dijo Amy, reprimiendo un bostezo. Aquella noche había sido como las demás; había cenado con lady Bainbridge, picoteando un estofado de cordero que ya era insuficiente para uno solo, así que, ciertamente, no habían podido estirarlo mucho para dos. Después, se habían retirado a la sala. Lady Bainbridge había leído y Amy había cosido, como todas las noches durante los dos años anteriores desde que sir George Bainbridge había muerto. Apenas salían, y Lady Bainbridge desanimaba a las visitas, porque siempre se sentía obligada a invitarles a tomar algo.

—Como quieras, mi amor —lady Bainbridge frunció el ceño—. Hay una vela en el vestíbulo, ¿no? Por favor, no te la lleves arriba. Seguro que podrás subir perfectamente sin necesidad de iluminar la escalera.

Amy pensó que aquello era cierto, pero sólo porque se había acostumbrado a circular a oscuras por la casa.

—Yo me quedaré un rato —dijo lady Bainbridge, con un suspiro—. Puede ser que tu hermano esté demasiado cansado como para acordarse de cerrar la puerta con llave cuando se retire, y no quiero que nadie entre a robar.

Amy pensó que era más probable que la memoria de Richard se viera afectada por la borrachera, y no por el cansancio. Y con respecto a que un ladrón eligiera la casa de los Bainbridge, le parecía bastante improbable. Sospechaba que la tacañería de lady

Bainbridge debía de ser conocida en los bajos fondos, y además, todo el mundo sabía que no había nada que robar en la casa de Curzon Street. Antes de morir, su padre había vendido o empeñado todo lo que poseían, y era del dominio público que no tenían nada. La casa, que les alquilaba un amigo de la familia por una renta mínima, era poco más que un tejado sobre sus cabezas. Algunas veces, durante los últimos años, casi no habían podido pagar el alquiler.

En aquellos días tenían dos sirvientas, la cocinera y una doncella, y un sirviente, el ayuda de cámara de Richard, el inestimable Marten. No tenían carruaje, porque no podían permitírselo. Lady Bainbridge había discutido hasta la extenuación el año anterior en contra de la venta del coche, pero Amy le había dicho que los caballos estaban tan delgados que era probable que se cayeran en mitad de la calle, y que todo el mundo se riera de ellas. Aquel argumento había asustado a lady Bainbridge, que no podía aguantar la censura de los otros, y finalmente había accedido.

—No te quedes despierta hasta que se acueste Richard, mamá —le dijo Amy, tan dulcemente como siempre—. Ya sabes que Marten cuidará de él. Además, seguramente los señores estarán jugando hasta la madrugada. Te quedarás dormida en la silla, como siempre, y te despertarás con tortícolis y el pelo hecho un desastre.

Lady Bainbridge la miró alarmada. Todavía poseía los restos de la belleza que había atrapado a sir Bainbridge, y la guardaba celosamente. Aun así, su madre estaba un poco mustia, porque había decaído

mucho desde que su padre había muerto, y nunca se había recuperado. Los rizos le caían sin brillo y sin forma sobre los hombros, el vestido le colgaba del cuerpo delgado y sus labios, que antes formaban un arco perfecto, se curvaban hacia abajo por las comisuras.

—Oh, no me había dado cuenta… Dicho de esa manera, mi amor… Aun así, no puedo irme a dormir, porque necesito mi libro. Este —dijo, enseñándole el que tenía en la mano— es el de la señorita Kitty Cuthbertson y es para mantenerme despierta. El que necesito por la noche es el de la señorita Edgeworth.

Amy se había acostumbrado hacía tiempo a las supersticiones personales de su madre. Lady Bainbridge tenía sus propias creencias, además de cumplir el precepto de no pasar por debajo de las escaleras ni dejar que las criadas le dieran la vuelta al colchón en viernes. Una de las convicciones más firmes de su madre era irse a la cama con una rutina particular: no mirar hacia atrás cuando subía la escalera, dejar las zapatillas apuntando hacia fuera de la cama, leer siempre un cierto libro para acostarse… En cuanto a aquellas creencias, era inamovible como una montaña.

Amy suspiró.

—¿Dónde está el libro de la señorita Edgeworth, mamá?

—Oh, yo creo… —lady Bainbridge se palpó los bolsillos y rebuscó bajo los cojines de la butaca, sin encontrarlo—. Creo que me lo he dejado en el salón. Es inexplicable, porque nunca debería haber salido de mi habitación. ¡Y precisamente hoy, que tu hermano ha invitado a sus amigos!

Era una mala suerte, y también algo bastante poco corriente. Sir Richard Bainbridge raramente se quedaba en casa, porque prefería ir a jugar a White's o Boodle's. Amy no recordaba la última vez que su hermano había invitado a sus amigos a Curzon Street. Sin embargo, aunque la casa no era lo suficientemente grande ni bonita como para dar fiestas, sí era bastante discreta para una partida de cartas.

—¿Por qué no mandas a Patience al salón, a ver si encuentra tu libro? —le sugirió Amy. Patience era la criada, una mujer terriblemente puritana, que siempre desaprobaba cualquier situación. Amy apretó los labios al imaginarse lo que pensaría de Richard y de su grupo de amigos, los jugadores.

Lady Bainbridge se animó momentáneamente, pero después volvió a decaer.

—¡Qué buena idea… ¡Oh, no puedo! Patience ha jurado que no volverá a poner un pie en la habitación en la que estén los amigos de Richard, desde que un día uno intentó pellizcarle en el… —lady Bainbridge se azoró— Bueno, ya me entiendes. Dijo que tenía ganas de abofetearlos a todos y los llamó sinvergüenzas y canallas.

—Fue un hombre muy valiente por intentarlo —murmuró Amy, un poco patidifusa ante la visión de la cara de hacha de Patience recibiendo las atenciones amorosas de uno de los amigotes de Richard. Sin duda, el individuo debía de estar completamente ebrio—. Bueno, en ese caso enviaré a Marten. Sin duda, él no sufrirá ese destino.

—No, desde luego que no, pero Marten ha ido a visitar a su hermana y no creo que haya vuelto todavía.

Amy se mordió el labio.

—Esto no puede ser un problema insuperable, mamá. ¿No puedes leer otro libro?

Lady Bainbridge parecía abatida.

—Oh, no, mi amor, porque ya sabes que ciertos libros son para leer durante el día, y otros, para leer por la noche. No se pueden mezclar, te lo aseguro.

Amy se puso de pie y se envolvió en su chal.

—Muy bien, yo iré por tu libro. No tardaré ni un minuto.

Lady Bainbridge dejó escapar un gritito.

—¡Oh, Amy, mi amor, tú no puedes entrar allí! Los señores están apostando…

—Ya lo sé, mamá —la expresión de Amy se endureció—. Supongo que estarán tan embebidos en su juego que no se darán cuenta de que he entrado. Dudo que me pase lo que a Patience.

—No, seguro que no —dijo lady Bainbridge, con expresión apenada—, porque ningún hombre te ha dedicado sus atenciones, Amy. Pero eso no tiene nada que ver. Sería impropio que entraras en una habitación llena de señores.

—Uno de ellos es mi hermano, mamá —dijo Amy—. Si ocurriera algo, le pediría protección a Richard inmediatamente.

Se envolvió bien en el chal y salió al vestíbulo. Había una vela al final de las escaleras, y al ver su reflejo en el espejo de la pared, pensó con tristeza que parecía una de las momias que había visto en la Gran Exposición de Egiptología, el año anterior. El chal era muy grande, lo cual era propicio para envolverse bien y no morir congelada. La cantidad de calor disponible

en la casa de los Bainbridge era inversamente proporcional a la cantidad de dinero que Richard apostaba y perdía, así que estaba acostumbrada a pasar frío.

Al acercarse, oyó las voces y las risas masculinas que salían del salón. Tal y como su madre había señalado, era totalmente impropio que una mujer soltera entrara a aquella sala, pero Amy pensó que su aspecto no inflamaría las pasiones de los jugadores borrachos que había dentro. La mayoría de ellos eran vividores de la peor especie, y ni siquiera se darían cuenta de que había entrado, y aquellos que lo notaran la despreciarían y pensarían que era la aburrida de la hermana de Richard. La alta sociedad valoraba por encima de todo la belleza, y ella poseía poca.

Siempre había sido una chica insignificante, y su timidez no había ayudado. Durante su primera y única temporada en Londres, Amy había estado tan callada que los miembros de la sociedad más maliciosos la habían apodado la Simple, y después de aquello no había habido más temporadas ni tampoco pretendientes.

Abrió la puerta del salón y asomó la nariz. La escena que vio era la que había imaginado. En la habitación hacía mucho calor y estaba llena de humo, tanto de la chimenea como de las velas que alumbraban toda la habitación. Allí no había ahorro. Su hermano Richard, con una botella de coñac vacía al lado del codo, presidía un grupo de borrachos. Tenía un cuenco con unas cuantas monedas. Estaba sentado en una butaca, con la cara muy roja y un cubilete en la mano.

Con una rápida mirada, Amy identificó a dos de los amigos de su hermano, aunque los otros dos

hombres eran extraños para ella. Lord Humphrey Dainty estaba tan ebrio que parecía que se iba a caer de la silla. Llevaba puesto el abrigo, y estaba sudando por el calor de la habitación. El señor Hallam, que parecía todavía más tonto que lord Humphrey, llevaba un sombrero de paja adornado con más lazos y flores de los que ella hubiera puesto nunca en uno de sus sombreros. Amy sacudió ligeramente la cabeza. Estaba acostumbrada a las supersticiones de su madre, pero los rituales estúpidos que se permitían los jugadores tampoco se quedaban a la zaga. Además, Bertie Hallam nunca se había dado cuenta de que aquellos métodos no le funcionaban.

Amy miró a los otros dos hombres. Uno era rubio y alto, y tenía aspecto de ser amable. Parecía ligeramente más sobrio que los demás. Y con respecto al otro...

La corriente de aire que había entrado desde el vestíbulo hizo que las llamas de las velas temblaran, y el hombre miró hacia arriba justo cuando Amy lo estaba estudiando. La miró fijamente a la cara, y ella tuvo una impresión extraña, no sólo porque sus ojos fueran del color ámbar más vívido que hubiera visto nunca, sino porque además la estaba mirando a ella. Amy estaba acostumbrada a que la gente la mirara por encima del hombro, porque estuvieran observando a alguien más guapo o más interesante. Aquel hombre entrecerró los ojos pensativamente y arqueó casi imperceptiblemente las cejas. Amy se envolvió bien en el chal e intentó mimetizarse contra el papel de la pared.

Al mismo tiempo, le resultaba difícil no mirarlo. Era mayor que Richard, de unos veintinueve o

treinta años, pensó Amy, mientras que su hermano sólo tenía veinticuatro. Era alto y delgado, y estaba relajado en su butaca, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. Al quitarse la chaqueta había dejado a la vista una camisa blanca inmaculada y una bufanda un poco arrugada. Era, sin duda, el hombre más guapo que ella hubiera visto nunca. Tenía los rasgos clásicos y la piel dorada. A su lado tenía una gran pila de guineas y de otras monedas y, en comparación con los demás, era el que más dinero tenía.

Entonces, él le sonrió y se apartó un rizo de color caoba que se le había caído en la frente. Amy puso cara de pocos amigos. No quería animar a los jugadores a que se tomaran la libertad de sonreírle.

Richard había puesto una nueva botella de coñac sobre el tapete verde de la mesa.

—¡Bebe, Joss, bebe, Seb! Os estáis quedando atrás —la botella se balanceó y estuvo a punto de caer al suelo. Entonces, Richard vio a su hermana y sonrió. La luz de las velas se reflejaba en su pelo de oro. Los ojos azules le brillaban.

—¿Qué haces aquí, hermanita? ¿Has venido a averiguar cuánto llevo perdido? Échale la culpa a Joss. Hoy tiene más suerte que el demonio.

Amy apartó la vista del hombre del pelo rojizo, sonrió amablemente y rodeó la habitación. Su madre le había dicho que se había dejado la novela en el alféizar de una de las ventanas, pero las cortinas rojas estaban echadas, y era imposible ver en cuál de las cuatro. Los invitados de Richard habían empezado a fijarse en ella, lo cual era un inconve-

niente. A lord Humphrey Dainty se le había caído la cabeza sobre el brazo encima de la mesa, y estaba farfullando «a su servicio, señorita Bainbridge, a su servicio, señora...», mientras que el señor Hallam se había levantado de un salto y estaba intentando hacerle una reverencia, con el peligro de perder el equilibrio y caer de cabeza hacia delante. Amy le empujó suavemente hacia atrás para que volviera a sentarse en su butaca. Conocía a Bertie Hallam desde que eran niños, y él le había pedido que se casara con él todos los años, durante los siete últimos. Amy no veía la necesidad de que ninguno de los dos se anduviera con ceremonias.

—Buenas noches, señorita Bainbridge. ¿Puedo ayudarla en algo?

El hombre alto y rubio se había levantado y le estaba haciendo una reverencia. Tenía un centelleo en los ojos, y a Amy le cayó simpático. No quería sentir aquello, porque los amigos de su hermano eran una pandilla de réprobos y de gandules, y no eran recomendables. Sin embargo, no pudo evitar devolverle la sonrisa tímidamente.

—Gracias, milord. Mi madre se ha dejado su libro aquí, y no puede dormir sin él...

—Hay una novela en el alféizar de esa ventana, Seb —dijo el hombre del pelo caoba, perezosamente—. La vi cuando entramos.

No hizo ademán de levantarse para ayudar en la búsqueda, sino que siguió sentado en su butaca, con una mirada vagamente burlona. Amy notó que le picaba la piel con una mezcla de irritación y azoramiento. A pesar de lo grueso que era el chal que la

envolvía, se sentía vulnerable. Fue un alivio que el hombre alto sacara la novela de lady Bainbridge de detrás de la cortina y se la tendiera con otra ligera reverencia.

—Creo que esto debe de ser lo que busca, señorita Bainbridge. Mis saludos a lady Bainbridge, y espero que la ayude a dormir bien —y volvió a sonreír a Amy—. Sebastian, duque de Fleet, a su servicio.

¡El duque de Fleet! Amy tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar que se le cambiara la expresión de la cara. Todo el aire de amabilidad de aquel hombre era fingido. Richard estaba realmente en malas compañías, porque Fleet y sus amigotes eran jugadores inveterados y tenían fama de desplumar a los inocentes. Aunque no era que su hermano Richard pudiera ser considerado un inocente, porque llevaba jugando desde los dieciocho años. Sin embargo, Amy sabía que su hermano no se había mezclado con aquellos hombres antes. El duque de Fleet y el conde de Tallant solían jugar con jugadores como Golden Ball y Scrope Davies. Aquellos hombres eran peligrosos; se jugaban miles de guineas de una sentada, y Richard nunca podría responder ante aquellas pérdidas.

Amy miró al hombre del pelo rojizo. Él todavía estaba observándola, y ella se apretó la novela contra el pecho, sintiéndose ridículamente consciente de sí misma. Si el rubio era Sebastian Fleet, entonces aquel otro era...

—Joscelyne Tallant, a su servicio, señorita Bainbridge —dijo él, como si le hubiera leído el